



**DEBATES Y REFLEXIONES.
APORTES PARA LA INVESTIGACIÓN SOCIAL**

**RENOVACION SOCIALISTA Y
RENOVACIÓN HISTORIOGRAFICA**

Miguel Valderrama

Documento N° 5
Santiago de Chile, Septiembre de 2001

COMITÉ EDITORIAL

CARLOS RUIZ SCH.
RODRIGO BAÑO
HELIA HENRIQUEZ
IRMA PALMA
MARIA ELENA VALENZUELA
EDUARDO DEVES

CONSEJO EDITORIAL

ALFONSO ARRAU C.
ALINA DONOSO
OCTAVIO AVENDAÑO
RODRIGO FIGUEROA
MAURO BASAURE

RENOVACIÓN SOCIALISTA Y RENOVACIÓN HISTORIOGRAFICA

Miguel Valderrama*

A Luis Moulian, In memoriam

Resumen

¿Quién inventó —o descubrió— la *Nueva Historia*? La expresión se utiliza a veces para aludir a procesos desarrollados principalmente en las décadas de los años setenta y ochenta, periodo en que la reacción contra la historiografía tradicional se extendió a todo el mundo afectando a historiadores de Japón, India, América Latina, Norteamérica y Europa. La renovación de la historiografía llevada a cabo en esos años, si bien básicamente está asociada a la escuela francesa de *Annales* y a la escuela inglesa de historia social, en verdad no se limita a ellas ni debe sus principales impulsos a sus investigaciones. Más allá de los problemas de definición aún hoy presentes, es posible señalar que la renovación historiográfica impulsada por la *Nueva Historia* es una renovación disciplinar que en términos generales se llevó a cabo dentro de un proceso mayor de renovación que tuvo en la izquierda su espacio de experiencia y su horizonte de expectativas principal.

El documento que se presenta busca indagar en las peculiaridades específicas de este proceso. Resultado parcial de un trabajo en curso sobre la *Nueva Historia* chilena, la investigación se limita a presentar el contexto intelectual mayor que hace posible y da forma a la renovación historiográfica nacional. Renovación historiográfica que aquí se adscribe al campo de la historiografía y de la cultura de izquierda, y que tiene por referentes principales a la revista “Nueva Historia”, editada en Londres durante la década del ochenta, por iniciativa de un colectivo de historiadores exiliados, y a las reuniones del *Encuentro de Historiadores*, llevadas a cabo en Santiago durante el mismo periodo, y divulgadas y extendidas por el “Boletín del Encuentro de Historiadores”.

* Magister © en Historia de Chile (Universidad de Chile). Profesor de la Escuela de Sociología de la Universidad ARCIS.

1. Introducción

Una aproximación al estudio de la *Nueva Historia*, en tanto un campo historiográfico interior a la historiografía popular de Chile, debe por lo menos encarar dos órdenes distintos y complementarios de investigación: el de las redes intertextuales que conforman la escritura histórica y el de los modos de producción de los discursos sociales. La afirmación de estos dos órdenes en el análisis histórico de las prácticas historiográficas, permite no sólo tratar en su especificidad y singularidad los materiales textual discursivos producidos por el trabajo de los historiadores, sino que además hace posible inscribir esas prácticas en un espacio social mayor que las identifica y determina, al menos en lo que se refiere a sus condiciones de emergencia y posibilidad. Pensar la historia como un tipo particular de práctica significativa inscrita al interior de un espacio de relaciones sociales de determinación, no es otra cosa que observar que toda escritura de historia remite indudablemente a un lugar de producción y a unas condiciones de producción siempre especificables. Pues, como bien nos lo recuerda Michel de Certeau, el hecho de que el discurso historiográfico, en sí mismo, obedezca a reglas propias de enunciación no impide que en su producción se apoye en lo que no dice, en lo que silencia o reprime para poder existir¹.

Toda operación de escritura, para decirlo de otro modo, no es sino desde siempre una afirmación de lugar, un discurso inserto en un contexto de sentido y significación. La práctica historiográfica, en tanto acto de escritura, no puede sino representarse, por ello, desde el punto de vista de sus condiciones de posibilidad, como una forma escritural siempre determinada por el campo de prácticas sociales en las cuales ella se inscribe e identifica. De allí que si historia e historiografía no se constituyen exteriormente, a la manera de dos órdenes independientes, la particularidad del lugar de producción del discurso de la historia pasará a constituir un hecho de importancia

¹ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993.

capital al momento de determinar la propia configuración de las prácticas a través de las cuales se estructura y representa el orden social.

Sin embargo, y tal como lo advierte Roger Chartier, la legitimidad de una interpretación topológica de una práctica textual discursiva exige otro camino que el de relacionar directamente un discurso y una posición social². Así, para el caso que ocupa las reflexiones de esta comunicación, nada o muy poco significaría una operación analítica que se conformara sólo con señalar las relaciones establecidas entre la textualidad historiográfica de la *Nueva Historia* y las posiciones sociales reconocidas como fundantes de su escena de escritura. Antes bien, la afirmación y consolidación de una lectura capaz de ir más allá de las apariencias de una referencialidad positiva, exigiría, entre otras cosas, avanzar un ejercicio que buscara señalar el juego complejo de remisiones intertextuales que da soporte a la escena enunciativa de esta nueva escritura historiográfica, así como trabajar sintomáticamente la trama de silencios y denegaciones a la que se ve expuesta, en tanto campo discursivo. Un análisis topológico de la práctica historiográfica de la *Nueva Historia*, tendría que ejercitarse, así pues, no sólo en el reconocimiento de los contextos de enunciación que hicieron posible la afirmación de esta escena de escritura en el pequeño teatro de la historiografía chilena, sino que, además, dicho análisis tendría que devenir lectura sintomal, al intentar reconocer aquellos silencios y denegaciones requeridos para la propia constitución de esta otra pieza de representación historiográfica.

Sobre estas proposiciones, que no constituyen sino indicaciones parciales a un análisis singular de una práctica textual discursiva interna al contexto postdictatorial, cabría preguntarse ¿cuál sería aquel espacio social mayor que identifica y determina la conformación de la *Nueva Historia* como una escena historiográfica crítica al interior de la propia historia popular nacional? ¿Qué ha debido reprimir esta otra historia para poder afirmar la singularidad de sus enunciados?

² Roger Chartier, *El mundo como representación*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1992.

A partir de estas interrogaciones de orden general, y para avanzar desde ya en la trama argumental de este trabajo, se presenta a continuación un análisis histórico de la compleja red intertextual que hace posible la emergencia de una nueva escena escritural en el campo historiográfico de la izquierda chilena.

2. Centros académicos alternativos y conformación de un espacio de saber crítico

El golpe de Estado de 1973 significó la intervención militar de todas las universidades, la designación en ellas de rectores-delegados por la junta de Gobierno y el inicio de un proceso de extensa represión político ideológica. Según cifras entregadas por diversos estudios, se calcula que, para el conjunto de las universidades y áreas científicas y profesionales, alrededor de un 25 por ciento del personal docente, incluyendo todas las categorías académicas y tipos de jornada, fue removido o forzado a renunciar en las semanas y meses siguientes al derrocamiento del gobierno de Salvador Allende.

En el campo de las ciencias sociales, el proceso de represión política fue extremadamente duro. Se suprimieron unidades académicas, se clausuraron carreras, se congeló el ingreso de nuevos alumnos y se expulsó personal docente sobre la base de consideraciones exclusivamente políticas. En la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile (Sede Oriente) se exoneró al 55 por ciento del personal; en la misma Universidad debieron abandonar sus funciones el 77 por ciento de los docentes del Departamento de Geografía y Cartografía, el 15 por ciento del Departamento de Antropología, el 36 por ciento de la Facultad de Filosofía y Letras, y el 23 por ciento de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. En la Universidad Católica se procedió a la clausura del Centro de Estudios de la Realidad Nacional

(CEREN), del Departamento de Historia Económica y Social del Instituto de Historia³, y del Programa de Estudios y de Capacitación Laboral (PRESCALA)⁴.

Tras el desconcierto de los primeros meses se inició, sin embargo, al margen de las universidades, un proceso de reorganización de la investigación social. En este contexto, la instalación de nuevos centros académicos pasó a constituir una tarea principal a partir de la cual se buscó la reconstrucción de un espacio de investigación independiente en el país.

Los nuevos centros académicos comenzaron a formarse a partir de 1974, cada uno con sus propias características, peculiar modo de funcionamiento y objetivos específicos⁵. En ese año se constituye el Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH), afiliado a la familia de centros pertenecientes al mundo cristiano de orientación democrática. El año 1975 se funda la Academia de Humanismo Cristiano (AHC), organismo del Arzobispado de Santiago de la Iglesia Católica que, además de desarrollar tareas propias, acoge o patrocina varios nuevos centros o programas y, mediante convenios específicos, permite la permanencia o instalación de otros. En el bienio siguiente se establecen dos nuevos centros, ambos producto de grupos que deben salir de la Universidad Católica de Chile con el fin de asegurar su autonomía académica y preservar un clima de libertad intelectual para sus actividades. Se forma así primero la Corporación de Investigaciones Económicas para América Latina (CIEPLAN) en 1976 y luego, un año después, el Programa de Investigaciones Interdisciplinarias en Educación (PIIE). Este último se asocia a la Academia de Humanismo Cristiano. Ese mismo año se establece el Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística (CENECA) y el Centro de Estudios Económicos y Sociales (VECTOR), nacido éste del área socialista. En 1978 se crean

³ En el caso de los docentes expulsados en 1973 del Departamento de Historia Económica y Social de la Universidad Católica, sólo uno de sus miembros fue reincorporado con posterioridad al Instituto de Historia.

⁴ Datos tomados de José Joaquín Brunner y Alicia Barros, *Inquisición, mercado y filantropía. Ciencias sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay*, Santiago, Flacso, 1987, cap. V.

⁵ Harry Diaz, Peter Landstreet y María Teresa Lladser, *Centros privados de investigación en ciencias sociales en Chile*, Santiago, Academia de Humanismo Cristiano, 1984.

tres programas al interior de la Academia de Humanismo Cristiano: el Programa de Economía del Trabajo (PET), el Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA) y el Grupo de Estudios Agrorregionales (GEA). A éstos se une la Corporación de Investigaciones para el Desarrollo (CINDE), que en lo básico se dedicará a la promoción de debates y seminarios sobre problemas del país. Al año siguiente se crean SUR Profesionales Consultores y el Centro de Investigaciones y Planificación del Medio Ambiente (CIPMA). Todavía en el año 1979 nace el grupo Educación y Comunicaciones (ECO). En 1980 se instala en Chile la sede del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET). Asimismo se constituye el Centro Para el Desarrollo Campesino y Alimentario (AGRARIA). Por último, y aún dentro de un ambiente limitado de expresión política, se crea el Centro de Estudios del Desarrollo (CED)⁶.

A partir de 1982, con la primera crisis económica del modelo neoliberal, y el inicio de un ciclo de protestas sostenido contra el régimen militar, que perdurará por lo menos hasta 1986, se abre una nueva situación histórica caracterizada por una progresiva apertura y liberalización política. La reconfiguración parcial de un espacio público deliberante, como consecuencia directa de esta liberalización, crea condiciones favorables para la emergencia de nuevos centros alternativos de investigación social. Entre los variados centros que se forman en este período merecen especial mención, por el aporte que desde ellos se hará al conocimiento histórico, el Instituto de Estudios Contemporáneos (IEC), creado en 1984, bajo el amparo de una fracción del Partido Socialista⁷, y, el Centro de Estudios Latinoamericanos (CEL), formado en 1986 y que tendrá, posteriormente, una importancia central en la afirmación y desarrollo de un pensamiento social latinoamericano. Por último, es importante señalar que a partir de 1983 comienza a

⁶ Además del texto ya citado de Díaz, Landstreet y Lladser, para esta sección nos hemos apoyado ampliamente en los siguientes trabajos: Manuel Antonio Garretón, *Las Ciencias Sociales en Chile. Situación, problemas, perspectivas*, Santiago, Academia de Humanismo Cristiano, 1982; José Joaquín Brunner y Alicia Barrios, *Inquisición, mercado y filantropía*, Santiago, Flacso, 1987; María Teresa Lladser, *Centros privados de Investigación en Ciencias Sociales en Chile*, Santiago, CESOC/FLACSO/AHC, 1986; y José Joaquín Brunner, "Centros académicos privados", *Estudios públicos*, n° 19, Santiago, 1985, pp. 163-173.

⁷ Fracción conocida en el período bajo el nombre de Partido Socialista Salvador Allende.

funcionar con cierta regularidad el Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz (ICAL), ligado al Partido Comunista de Chile.

A la conformación definitiva de los contornos estructurales de un espacio intelectual alternativo de investigación social contribuyen, de igual modo, un conjunto de revistas culturales de debate político e intelectual. Editoriales privadas fomentan y divulgan, a su vez, diversos ensayos y estudios sobre la democracia y la historia política nacional. Entre las revistas de pensamiento que circulan en este período cabe mencionar por su importancia a publicaciones como *Convergencia* (época Chile), *Krítica*, *Opciones*, *Araucaria de Chile* (publicada íntegra en Madrid), *Temas socialistas*, *Mensaje* y *Plural* (aún cuando ésta última es editada en Rotterdam). Entre las editoriales que resultaron fundamentales en la apertura y consolidación de un espacio público de deliberación intelectual no se puede dejar de nombrar a *Las Producciones del Ornitorrinco*, *Ediciones Andante*, *Documentas*, *Amerinda Estudios*, *Ediciones Melquiades*, *CESOC* y *FLACSO*.

Apoyados en este espacio de debate y diálogo intelectual, un conjunto significativo de investigaciones sobre historia de Chile, desarrolladas desde algún tiempo en el país y en el exterior, comienzan a buscar espacios comunes de visibilidad y comunicación. Sobre la sospecha compartida de que la crisis política que atravesaba Chile tenía por ejes centrales problemas de convivencia de orden histórico, un número significativo de integrantes de la comunidad historiográfica nacional, de vocación progresista y democrática, se dan a la tarea de generar diversos espacios de encuentro y colaboración. Fruto de esos esfuerzos son las ya míticas reuniones anuales de historiadores realizadas a partir de 1983 en Flacso y en la Academia de Humanismo Cristiano, y conocidas bajo el nombre de *Encuentro de Historiadores*. Fruto de esas reuniones es también el *Boletín del Encuentro de Historiadores* (1984-1987) que se publica bajo el auspicio de Flacso, y que sirve de soporte textual a las actividades del *Encuentro*.

Desde el punto de vista de la reconstrucción de un circuito académico independiente de publicaciones científicas, la historiografía crítica comienza a reconstruirse, en cambio, a partir de investigaciones históricas llevadas a cabo básicamente en el extranjero⁸ y de revistas académicas y de pensamiento crítico fundadas también en el exterior. Para el caso de las revistas de pensamiento que tienen especial importancia en la rearticulación temática de los estudios históricos en Chile, merece mencionarse *Araucaria de Chile* (1978-1990) que a través de una variada producción historiográfica logra configurar un espacio complejo de análisis histórico común al horizonte de formación de la nueva historiografía chilena⁹. En el caso de las revistas estrictamente académicas, *Nueva Historia*, fundada en Londres en 1981 por una asociación de historiadores chilenos exiliados, vino a constituir, sin duda, para el orden del discurso historiográfico más reciente, un espacio textual de inscripción singular a partir del cual se hace factible pensar la posibilidad de una (re)fundación epistemológica de las prácticas escriturales internas al campo de la historiografía popular nacional del periodo¹⁰.

⁸ Una revisión de estas investigaciones puede encontrarse en Baldomero Estrada, "Tesis sobre historia de Chile realizadas en Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia", *Nueva Historia*, n° 8, Londres, 1983, pp. 251-274. Otra mirada que pasa revista al conjunto de las investigaciones extranjeras sobre Chile en la década de los '80, y que presenta una visión algo más pesimista sobre las futuras generaciones de investigadores extranjeros 'chilenistas', puede encontrarse en Paul W. Drake, "El impacto académico de los terremotos políticos: investigaciones de la historia chilena en inglés, 1977-1983", *Alternativas*, n° 2, Santiago, 1984, pp. 56-78.

⁹ La centralidad que el equipo de historiadores comunistas tiene en la revista queda de manifiesto no sólo en la publicación temprana de numerosos trabajos referidos a temáticas todavía inexploradas en el medio historiográfico local como las referidas a la mujer, el pensamiento latinoamericano, o la cultura popular. Ella también se revela en la preocupación constante de la revista por temáticas propiamente centradas en el horizonte de la amplia tradición historiográfica mundial, pero que, sin embargo, en Chile no parecían tener espacio en la historiografía de izquierda. Sobre este punto, especial atención requiere el Bicentenario de la Revolución Francesa. Pues, salvo *Araucaria de Chile* ninguna otra revista de pensamiento crítico le dedicó un número especial o un dossier de calidad en el país. Para una lectura de la perspectiva con que la revista enfrentó el Bicentenario de la Revolución Francesa, véase el dossier a cargo de la historiadora María Eugenia Horvitz, publicado en *Araucaria de Chile*, n° 36, Madrid, 1989.

¹⁰ Esta afirmación, sin embargo, debería ser matizada a través de una lectura más extensa del campo textual de la historiografía popular chilena. Esta lectura, pensamos, encontraría junto a una producción significativa de estudios y propuestas de acercamiento a la cultura popular, prácticas de investigación-acción-participantes de colectivos de historiadores (como el *Taller Nueva Historia*) que apuntaban, de un modo indirecto y no intencionado, a la propia estructuración de la identidad de *Nueva Historia*. Esto, por cierto, constituye aquí sólo una hipótesis de trabajo.

En el país, a los intentos de reorganización académica de un espacio historiográfico independiente de investigación social, centrales fueron las dependencias de Flacso-Chile como las aulas de la Academia de Humanismo Cristiano. En el caso de Flacso, su importancia en la constitución de un espacio disciplinar común a las distintas corrientes de la nueva historiografía crítica, no sólo parece estar dada por el soporte textual en que el Centro se constituyó para numerosas investigaciones en curso en áreas tales como la historia social y política, sino que además, ella parece descansar en una cierta labor formativa desarrollada en el ámbito de las ciencias sociales e históricas. Así, por ejemplo, en los años claves al desarrollo y consolidación de la nueva escena de la historiografía crítica, nos referimos al bienio 1983-1984, la labor de enseñanza de Flacso en el dominio de las ciencias sociales estaba orientada a la formación de jóvenes investigadores (a través de un Diplomado en Ciencias Sociales), a la realización de Seminarios para profesionales (cuyos temas centrales giraban en torno a la marginalidad, la metodología de trabajo poblacional, la confección de cuestionarios, etcétera) y a la dictación de Cursos y Talleres para universitarios (cuya duración media era de un trimestre, dictándose en Santiago y en otras cinco ciudades del país). En el terreno de la historiografía, destacaban aquellos cursos y seminarios referidos a la historia política nacional, la experiencia autoritaria, y los movimientos social populares de América Latina¹¹. A esta labor formativa se agregaba también un número variado de conferencias en las cuales participaban historiadores extranjeros de reconocido mérito intelectual. No era extraño, por ello, que en este período fuera acostumbrado asistir a conferencias sobre historia de Chile dictadas por Paul Drake, Alan Angell, Simon Collier y otros investigadores de igual relevancia internacional.

La estructuración de un campo institucional de argumentación, de orden textual y discursivo, permitió a Flacso ofrecer asimismo un espacio de renovación que en los hechos no sólo se mostró capaz de potenciar teórica y empíricamente las líneas de

¹¹ Para una corroboración de las actividades aquí mencionadas, véase, *Flacso en Chile. 1985-1986*, Santiago, Impresor Salesianos, 1986. Para una revisión general de la producción textual de Flacso-Chile, consultar de M. Ines Bravo y Claudia Vargas, *Flacso-Chile. Documentos de trabajo 1975-1995: Bibliografía analítica*, Santiago, Ediciones Flacso, 1999.

trabajo de una historiografía política de izquierda abocada al estudio del proceso político chileno, sino que, a su vez, a través del espacio de debate crítico y formativo que favorecía, se mostró capaz de establecer las condiciones de posibilidad y de producción de una nueva comunidad historiográfica alternativa cristalizada en las reuniones del Encuentro de Historiadores Jóvenes¹².

La Academia de Humanismo Cristiano, por su parte, contribuyó a la ampliación de este ejercicio renovador de la historiografía crítica nacional al facilitar y potenciar en sus primeros años las reuniones del Encuentro de Historiadores. Además, dicho Centro académico fomentó y apoyó la formación en su seno de diversos programas de trabajo que tenían por objeto el desarrollo de áreas de investigación temática referidas a la cultura popular, el pensamiento latinoamericano, los movimientos sociales y la historia local.

3. Nueva Historia: la conformación de una escena de escritura

Iniciado el proceso de reconstrucción de un campo intertextual común a la historiografía crítica nacional, la propia autopercepción de una idea de “campo historiográfico”, de una nueva generación de historiadores completamente ajena a las convicciones políticas e intelectuales de la izquierda del Chile popular¹³, impuso la

¹² En un sentido más preciso, estas reuniones de historiadores auspiciadas por Flacso, tuvieron por título *Encuentro de Historiadores*, al igual que su Boletín. En ambos casos el factor generacional de la comunidad de historiadores convocados no se hacía explícito, aún cuando éste elemento no era ajeno al espacio que se constituía en el Encuentro. Ha sido Gabriel Salazar, quien, en un artículo reciente sobre la historiografía crítica del período, ha remarcado este elemento generacional. Por nuestra parte, hacemos nuestro este énfasis para resaltar, a su vez, el carácter central de Flacso como agente habilitador del espacio de emergencia de esta nueva comunidad historiográfica. Para el énfasis generacional aquí mencionado, consúltese, Gabriel Salazar, “Historiografía y dictadura en Chile (1973-1990). Búsqueda, identidad, dispersión”, *Cuadernos hispanoamericanos*, n° 482-483, Madrid, 1990, pp. 81-94.

¹³ Para la fundamentación de esta afirmación fuerte, véase: María Angélica Illanes, “Tendencias de la historiografía actual en Chile”, *Boletín Encuentro de Historiadores*, n° 3-4, Santiago, 1986, pp. 13-15; Comité Organizador del V Encuentro de Historiadores, “Sobre algunas investigaciones actuales en la Historia de Chile”, *Boletín Encuentro de Historiadores*, n°5, Santiago, 1987, pp. 3-5; y Eduardo Devés, *Escépticos del sentido*, Santiago, Nuestra América Ediciones, 1984. Más ampliamente, esta distancia máxima con el conjunto de certezas políticas que animaban la práctica historiográfica de la historiografía tradicional de izquierda, puede encontrarse reflejada en las opiniones y tomas de posición desarrolladas recientemente por quien es, sin duda, el historiador más importante de esta

necesidad ineludible de un diálogo y una confrontación abierta con la tradición clásica de la historia marxista. Así, la afirmación de un nuevo espacio historiográfico, junto con hacer posible el desarrollo de una reflexión inicial hecha en los “intersticios de la dictadura”¹⁴, obligó a afirmar, de igual modo, la necesidad de abrir un debate amplio en torno al relato histórico marxista dominante en la memoria del movimiento popular. Esta necesidad de una confrontación con la historiografía clásica marxista tendió a aparecer a los “nuevos historiadores” como una especie de imposición dictaminada tanto por las nuevas problemáticas y apuestas de exploración epistemológicas puestas en acción en la emergente escena de la Nueva Historia¹⁵, como por la necesidad política de fundar una diferencia intelectual lo suficientemente sólida para criticar al proyecto histórico popular de la izquierda tradicional y, fundamentar, a su vez, desde los efectos de representación de la escritura, una práctica política marcada por la irrupción de nuevos movimientos sociales.

Así, tras los primeros indicios de consolidación de un campo historiográfico de rasgos singulares, que se articulaba en un diálogo abierto con la sociología, la filosofía, los estudios culturales y la política¹⁶, y que podía mostrar como textos fundadores de la nueva “sensibilidad” diversas publicaciones e investigaciones en

nueva escritura: Gabriel Salazar. Al respecto, Luis Moulian, *6 asedios a la historia. La historia desde abajo (Conversaciones con Gabriel Salazar)*, Santiago, Factum Ediciones, 1999.

¹⁴ Tomamos la expresión de Luis Moulian, “En los intersticios de la dictadura: El Instituto de Estudios Contemporáneos (IEC), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), el Seminario de Historia de Chile organizado por Sur y la Revista Nueva Historia”, *Alamedas*, n° 10, Santiago, 2001 (de próxima publicación).

¹⁵ Gabriel Salazar, “Historia popular del siglo XIX: una experiencia teórica y metodológica”, *Boletín Encuentro de Historiadores*, n° 2, Santiago, 1985, pp. 3-5.

¹⁶ Esta intertextualidad teórica tenía, por cierto, diversas causas y razones. Entre varias se pueden nombrar, por ejemplo, la instrucción interdisciplinaria que algunos de los integrantes de la nueva escena habían recibido en sus estudios de postgrado en el extranjero. Otra causa, no menos importante, residía en las dinámicas de trabajo de los propios centros académicos alternativos, las cuales favorecían la constitución de equipos multidisciplinarios. Por último, cabe mencionar la presencia de algunos estilos de docencia extrauniversitaria (Flacso) que marcaban, en cierta manera, la formación de los “nuevos historiadores”. Algo de lo aquí afirmado se puede advertir en las intervenciones de los jóvenes historiadores presentes en el Seminario de historia de Chile, realizado en 1985 en Sur Profesionales. Para un resumen de lo dicho en el Seminario, véase, Gabriel Salazar, “Historiografía chilena: Balance y perspectivas (Actas del seminario de historia de Chile)”, *Proposiciones*, n° 12, Santiago, 1985, pp. 157-170.

curso¹⁷, la nueva escritura histórica en formación buscaba ahora iniciar un amplio debate con los historiadores clásicos del marxismo chileno. Debate, por cierto, que era percibido, en muchas de sus formas, como una práctica inédita al interior de la tradición académica de la historiografía nacional. Pues, a la mirada de la emergente escena, la historia académica oficial del periodo se representaba más en los empastes grises de una historia aposada en viejos consensos corporativos, que en la discusión y el debate propios a una comunidad de pensamiento libre¹⁸. Sobre este trasfondo, y puestos en la necesidad de abrir una controversia pública sobre las distintas visiones de la historia de Chile, los “nuevos historiadores” avanzaron a una confrontación crítica con la herencia intelectual del campo historiográfico de la izquierda chilena. Dicha confrontación tendió a desarrollarse, sin embargo, bajo la forma de una disputa que reconocía como propios aquellos lugares afines al orden de las proposiciones de una epistemología de la sociedad, y que desconocía por denegación aquellos otros ya tradicionales a un ambiente historiográfico académico y tardopositivista. Tal vez, por ello, por la misma determinación enunciativa de las proposiciones puestas en circulación por la nueva escena, que necesariamente remitía la discusión a un registro de metahistoria, es que el campo de las oposiciones intelectuales no pudo sino reestructurarse a partir de una diversa valoración crítica de las tradiciones políticas y cognitivas en uso en las narraciones históricas del movimiento obrero y de los partidos políticos populares¹⁹.

¹⁷ Entre las publicaciones periódicas cabría mencionar *Nueva Historia* y el mismo *Boletín del Encuentro de Historiadores*. Entre los textos de mayor importancia, destaca, sin duda, la publicación en 1985 de *Labradores, peones y proletarios*, de Gabriel Salazar. Texto considerado por muchos, en retrospectiva, como la obra principal de historia de Chile publicada en la década de los '80 en el campo de la historiografía de izquierda.

¹⁸ Sirva de justificación de lo dicho las siguientes afirmaciones de Salazar (que bien pueden hacerse coextensivas al juicio de la mayoría de los integrantes de la nueva escena) respecto al espacio académico historiográfico en el autoritarismo: “En Chile no se ha practicado de un modo sistemático la crítica y el debate científicos sobre la producción académica, sobre todo en el caso de la historiografía. La innegable incomodidad de polemizar ‘en serio’ ha llevado a algunos historiadores, incluso, a determinar que deben ser eliminados de las reseñas bibliográficas habituales todos aquellos trabajos que se estimen ‘polémicos’. Se presume así que la ‘ciencia’ debe identificarse con el ambiente decreciente del consenso corporativo y la unanimidad monacal de los académicos, y no con el juicio amplio de una sociedad que necesita ciencia.” Al respecto, Gabriel Salazar, “Historiadores, historia, Estado y sociedad. Comentarios críticos en torno al Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX, de Mario Gongora”, *Nueva Historia*, n° 7, Londres, 1983, pp. 193-201 (p. de ref: pp. 195-196).

¹⁹ La centralidad de la crítica tardía presentada por Tomás Moulian y Eduardo Sabrovsky a la Nueva Historia —en la figura historiográfica de Gabriel Salazar— se encuentra, precisamente, en que en

Es importante advertir, empero, que la crítica de las interpretaciones historiográficas de izquierda parecía imponerse en el periodo, más allá del ámbito limitado de la academia, como una necesidad vital a todo intento por reconstruir una alternativa popular y democrática que, en muchos de sus aspectos, buscará diferenciarse de las prácticas y perspectivas de lo que se consideraba el modelo tradicional de la izquierda chilena. Es así como tempranamente la *renovación socialista* había planteado, por diversos medios, una crítica a las interpretaciones históricas del movimiento obrero²⁰. Esta crítica, no sólo consideraba a la historia como un campo de luchas ideológicas y políticas, sino que, avanzando un paso más allá, comenzaba a interpretar históricamente (e historiográficamente) tanto la construcción inmediata de los diseños políticos de las estrategias partidarias como las constricciones estructurales que un sistema de acción histórica era capaz de imponer a las identidades colectivas²¹.

En lo que concierne a la izquierda hay que considerar, de igual modo, que la crítica a las imágenes históricas de recreación de las identidades político sociales venía, de alguna manera, ya determinada por el trabajo de una diferencia en producción que identificaba a comunistas y socialistas en el seno del movimiento popular tras las primeras protestas nacionales contra la dictadura. A través de una reflexión

ambas intervenciones la discusión con la “nueva escena” se da en un nivel de “metahistoria”, en el de las proposiciones de una teoría de sociedad. Al respecto, Tomás Moulian, “¿Historicismo o esencialismo?”, *Proposiciones*, n° 20, Santiago, 1991, pp. 287-290; y, Eduardo Sabrovsky, “Modernidad, socialismo y tiempos difíciles”, *Foro 2000*, n° 5, Santiago, 1991, pp. 13-15.

²⁰ En la reflexión política, la *renovación socialista* ya a comienzos de los años ‘80 había recogido la necesidad de una crítica a las concepciones historiográficas de la izquierda. Véase, Marcelo Schilling, “Hacia una crítica de la interpretación histórica de izquierda en Chile”, en Ricardo Nuñez (comp.): *Socialismo: 10 años de renovación*, Tomo II, Santiago, Ediciones del Ornitorrinco, 1991, pp. 138-162.

²¹ Eugenio Tironi, “El quiebre de 1973: ¿Crisis de Consenso o desfase?”, *La torre de Babel. Ensayos de crítica y renovación política*, Santiago, Ediciones Sur, 1984. Además, por su centralidad, Tomás Moulian & Manuel Antonio Garretón, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Santiago, Minga, 1983. En un plano más general, el de los modelos políticos, son determinantes a su vez trabajos como los de Adam Przeworski, Philippe C. Schmitter, y Alain Touraine. Así, de Przeworski, “Compromiso de clase y Estado: Europa occidental y América Latina”, en Norbert Lechner (ed.): *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1981; Philippe C. Schmitter, *Patterns of corporatist policymaking*, Londres, Sage, 1982; y Alain Touraine, *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, Santiago, PREALC, 1987.

postulativa que buscaba asentarse en contradictorias retóricas de autoafirmación política, se comenzaba a asistir, en efecto, al desarrollo complejo de un proceso de *bifurcación* ideológica y cultural del espacio de identificaciones simbólicas de la izquierda chilena. Bifurcación que representaba, para unos, las alternativas del reformismo y la revolución y, para otros, las de la renovación y el tradicionalismo. La naturaleza de las diferencias y distancias máximas inscritas en esta bifurcación llegó a ser tan profunda a comienzos de la década, que no es del todo exagerado afirmar que el inicio de las grandes movilizaciones contra el gobierno militar, en mayo de 1983, coincidió, paradójicamente, con el momento más agudo de la crisis de la izquierda. Los síntomas de la crisis se manifestaron tanto a nivel de una fragmentación creciente de las organizaciones populares como a nivel de una violenta polémica intelectual en torno al marxismo y las tradiciones socialistas del movimiento obrero²². No obstante, a pesar de la aparente contradicción dada entre la evidente división de la izquierda y el auge de las movilizaciones populares, es posible advertir que la “crisis” al interior del campo era de características estructurales y que ella comprometía al conjunto del universo de representaciones de la cultura opositora. Las manifestaciones más visibles de la crisis a nivel partidario estaban directamente relacionadas con la quiebra experimentada por el Partido Socialista en 1979 y con las alteraciones sufridas en la línea política por el Partido Comunista a partir de 1980. Ambos hechos determinarán no sólo el desarrollo posterior de dos estrategias divergentes de oposición a la dictadura por parte de la izquierda criolla, sino que, además, condicionarán las características principales de las imágenes sociales de democratización y democracia en juego en el mundo popular.

La bifurcación ideológica y cultural del movimiento popular en dos universos de discurso antagónicos tuvo, asimismo, por consecuencia principal, la generación de una activa lucha por definir las fronteras de lo posible y lo imposible en el campo de

²² Punto paradigmático de la crisis de la izquierda, a nivel político e intelectual, es la polémica abierta entre comunistas y socialistas tras la celebración en Francia del Encuentro de Chantilly. Para una revisión de la polémica, véase, el Dossier de *Chile-América*, n° 82-83, Roma, 1983. Para una lectura

la política y la sociedad. En esta lucha por definir la propia posibilidad de los límites de la comunicación sociopolítica, que en realidad adelantaba en los hechos los temas principales de la *Realpolitik*, la discusión en torno a las narrativas históricas, por medio de las cuales se rearticula discursivamente un espacio de identificación social y subjetivo, llegó a constituir un hito central a todos aquellos proyectos societales que buscaban asentar una hegemonía social determinada. La disputa por las palabras y las significaciones no pudo sino advertirse en este contexto como de una importancia capital. Redescubierta la política como un terreno simbólico de divisiones y enfrentamientos múltiples, ella terminó por representarse al pequeño teatro de la izquierda nacional bajo la forma irónica de un constructivismo radical, de un esquematismo subjetivo que parecía predicar, en las continuas huellas de sus operaciones de pensamiento, una reorganización infinita de los estados perceptivos de estructuración de la experiencia y del mundo. Las viejas oposiciones que habían enfrentado en el terreno de la filosofía a Marx y Stirner, a Lenin y Bogdánov, volvían de nuevo a recrearse. Aunque ahora lo hacían bajo el signo de una inversión, bajo la figura de una revancha. La ironía histórica que aquí se recreaba era en realidad el triunfo en la arena nacional de Stirner sobre Marx, de Bogdánov sobre Lenin. Pues, podría decirse, que enfrentados en el terreno de la política local, la parte activa del idealismo, que Marx tan bien exaltó en las tesis sobre Feuerbach, terminó por imponerse a aquella otra contraparte militante del materialismo local aun determinada por las convicciones filosóficas del stalinismo. Quizas, por ello, por encarnar las posiciones criollas más refractarias de la posición materialista, es que sea dable entender por qué el Partido Comunista al enfrentar un combate por las palabras y las redescipciones, sólo se limitó a afirmar una pobre imagen histórica de la política y de su superficie de inscripción. La renovación socialista, en cambio, tal vez consciente de las virtudes del idealismo comentadas por Marx, desplegó una estrategia global de transformación de las significaciones del cuerpo social. Ello, sobre el convencimiento de que la dictadura representaba una ruptura radical a nivel de la propia conformación de la sociedad chilena. Al final, la estrategia socialista, el

de la réplica comunista, *Araucaria de Chile*, n° 23, Madrid, 1983, especialmente los trabajos de Hugo Fazio y Jorge Insunza.

trabajo de sus enunciados performativos, logró no sólo imponerse a los relatos históricos de la tradición comunista, sino que además, logró configurar un nuevo marco de significación referencial para el conjunto de las prácticas del mundo popular.

De allí, que se pueda señalar, en síntesis, que a medida que la *renovación socialista* afirma paulatinamente sus interpretaciones del proceso político chileno, estas interpretaciones comienzan a transformar el conjunto de las superficies discursivas a partir de las cuales la propia izquierda se representó el orden social.

Ahora bien, en tanto suspensión temporal de la adhesión original a un orden simbólico establecido, en tanto “*époque pratique*” que marca una coincidencia efectiva entre un discurso crítico y una crisis objetiva²³, no es extraño reconocer en la base de las interpretaciones desarrolladas por la renovación socialista una *redescripción común* que afirmaba que la crisis de la izquierda venía determinada por una cierta incapacidad de los partidos populares para entender el contexto autoritario y las transformaciones históricas llevadas a cabo en la sociedad chilena por la dictadura militar. A la mirada de esta *redescripción*, esta falta de entendimiento se traducía en una incapacidad política de actuación en el campo autoritario. Así, en las interpretaciones más lúcidas de la crisis, esta incapacidad de entendimiento histórico aparecía expresada en la figura de un “tradicionalismo” que identificaba al conjunto de los partidos de izquierda bajo el autoritarismo²⁴. La raíz de la inadecuación histórica entre prácticas populares y contexto autoritario se explicaba a partir de la matriz estatal que estaba en la base de la conformación de los partidos de izquierda en Chile²⁵. La primacía de esta matriz, representada en la historia nacional a través de la figura del “Estado de compromiso”, había tenido por resultado principal la afirmación de una estrategia electoralista y de compromiso con el espacio estatal que

²³ Para este punto, Pierre Bourdieu, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Barcelona, Akal, 1985.

²⁴ Tomás Moulian, “La crisis de la izquierda”, *Revista mexicana de sociología*, Vol. XLIV, n° 2, México, 1982, pp. 649-664.

²⁵ Manuel Antonio Garretón, *El proceso político chileno*, Santiago, Flacso, 1983.

terminaba por configurar una “concepción estatizante de la política”²⁶. Dicha concepción privilegiaba en la izquierda una movilización institucionalizada de masas y una concepción jurídico-delegativa del poder político.

Entre los principales “efectos perversos” posibles de derivar de esta concepción estatista de la política, se señalaban una excesiva monopolización del espacio público por parte de los partidos políticos y una cierta incapacidad teórica para comprender la actividad política más allá de los límites de representación de la esfera estatal. Por otro lado, y siempre en el dominio de esta *redescripción*, la persistencia de una cultura estatista en el régimen autoritario constituía una seria limitación para el conjunto de las estrategias políticas tradicionales de oposición a la dictadura, pues, el Estado autoritario operaba según una lógica de la guerra, en la cual el campo de visibilidad de la acción colectiva era siempre el de la lógica de representación amigo/enemigo.

Para esta lógica autoritaria de reconocimiento de los sujetos políticos, para esta geopolítica de los sujetos y de sus espacios de inscripción, la única racionalidad posible de acción histórica era aquella de la exclusión y el exterminio. Ante esta concepción de la acción política como forma instrumental pura, toda lógica democrática de argumentación deliberativa, toda estructuración de un espacio de reconocimiento intersubjetivo en el campo sociosimbólico de la comunicación pública, no sólo se mostraba como imposible, sino que además devenía en sí un ideal a representar por toda práctica y lógica política²⁷.

Se seguía entonces, por ello, que frente a esta lectura de la escena autoritaria, frente a lo que bien pudo considerarse, en su momento, limitaciones de la comunicación democrática, la *redescripción socialista* buscara afirmar, junto a una superación de las constricciones estructurales derivadas de una comprensión estatista de la

²⁶ Tomás Moulian, “La crisis de la izquierda”, op. cit., p. 656.

²⁷ Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid, Siglo XXI Editores/Centro de Investigaciones Sociológicas, 1986.

representación política, una lógica de reconocimiento intersubjetivo de orden societal y neocontractual (hobbesiana)²⁸.

A esta primera operación política y teórica de redescrición discursiva se suma, en el terreno de la acción histórica, una *segunda redescrición* inscrita ahora en el orden de la “representación” de los discursos sociales. La apertura de un ciclo de violentas protestas nacionales contra el régimen militar, había producido como subproducto una crisis en los modelos clásicos de identificación política comunes a la cultura obrera de la democracia desarrollista. El fenómeno que se tiende a reconocer, en efecto, ya desde el inicio de las primeras protestas nacionales, es el de una progresiva transformación en las lógicas de identificación en acto en la cultura de izquierda²⁹. Las lógicas de “identificación de partido”, comunes a la cultura leninista de la izquierda clásica, comienzan a ser objeto de una paulatina transformación a partir de la introducción de nuevas lógicas de identificación colectiva de raíz “social movimientista”³⁰. Estas identidades, que constituían en el periodo “nuevas entradas” al sistema social, al encontrarse en lo que Alessandro Pizzorno ha dado en llamar la “fase de formación de las identidades colectivas”, tendían a representarse en el lugar de “una posición absoluta”³¹, desde la cual rechazaban toda forma institucional de negociación de intereses y de mediación política. En tanto su interés no estaba

²⁸ Aunque esta última afirmación es algo arriesgada, convendría retener -para el caso del hobbesianismo implícito en los modelos neocontractuales de la política elaborados por los intelectuales de la renovación-, “el miedo” que está en la base de las preocupaciones de Norbert Lechner por “el orden”, o la aterradora imposibilidad predictiva que Angel Flisfisch descubre como constitutiva de todo “paradigma egológico” de la política. Para el primer caso, véase la ‘conversación preliminar’ que Norbert Lechner sostiene con Tomás Moulian en *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Para el segundo, Angel Flisfisch, *La política como compromiso democrático*, Santiago, Flacso, 1987.

²⁹ Para este punto nos apoyamos en el sugerente artículo de Alessandro Pizzorno: “Sobre la racionalidad de la opción democrática”, en Gino Germani y otros: *Los límites de la democracia*, Vol. 2, Buenos Aires, Clacso, 1985, pp. 9-45. Para el caso de las formas de identificación en la izquierda tradicional criolla, véase el excelente artículo de Alejandra Castillo, “Discurso político. Estrategias del Discurso: un caso, Revista Chile Hoy (1972-1973)”, *Alamedas*, n° 2, Santiago, 1997, pp. 33-38.

³⁰ Para una lectura de este escenario político-teórico por parte de la renovación socialista, Tomás Moulian, “El marxismo en Chile: producción y utilización”, en José Joaquín Brunner y otros, *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*, Santiago, Flacso, 1993, esp. pp. 148-156. Asimismo, para una autocrítica comunista a la forma tradicional en que se comprendieron los nuevos sujetos en el período de las protestas, véase, Carlos Ossandón B., “La crisis de la izquierda tradicional y la construcción de nuevos sujetos sociales”, en VV.AA., *La crisis del Partido Comunista. Una reflexión necesaria*, Santiago, 1990, pp. 30-32.

orientado hacia la maximización de las ganancias individuales, sino que a la construcción de identidades sociales rígidas, estas nuevas formas de identificación colectiva estaban animadas por un deseo profundo de comunidad, por un anhelo mayor de integración social. A partir de las prácticas articuladas en el seno de estas nuevas formas de organización y movilización colectiva, se desarrollará luego un progresivo resurgimiento y revalorización de discursos y posiciones propias a una tradición populista crítica de la forma-partido y del aparato estatal.

Así, junto a una creciente afirmación de autonomía de los movimientos sociales, se comenzará también a observar una fuerte invocación al “pueblo”, sede exclusiva de valores positivos y expresión permanente de unidad social.

Ahora bien, y más allá de la presencia populista en este nuevo escenario de identificaciones colectivas, lo cierto es que efectivamente las protestas dan paso a formas inéditas de articulación de los modos de identificación y de representación social en el país. La advertencia de esta nueva realidad, de esta nueva escena política en la cual la centralidad de la clase obrera y de los partidos políticos populares va siendo desplazada por una pluralidad de sujetos en movimiento, dará como resultado la formación de una sensibilidad intelectual de carácter progresista que reclamará como propias las experiencias sociales surgidas en esta nueva situación histórica³². La renovación socialista, por cierto, no será ajena a la conformación de estas nuevas identidades colectivas. Y ello, no sólo porque, de alguna forma, un sector del movimiento renovador (lo que a veces se denominó en el periodo “renovación populista”) afirmaba políticamente la virtualidad de un movimiento que reabsorbiera al Estado desde la sociedad, o mejor dicho, desde un pueblo que se organizaba y luchaba fuera del ámbito de representación del Estado, sino porque además se pensaba, y esto es lo importante, que “una política socialista no puede renunciar en

³¹ Alessandro Pizzorno, “Identidad e interés”, *Zona Abierta*, n° 69, Madrid, 1994, pp. 135-152.

³² La reconstrucción más completa realizada hasta el momento de esta nueva sensibilidad intelectual, puede encontrarse en Martín Hopenhayn, “El humanismo crítico como campo de saberes en Chile”, en José Joaquín Brunner y otros, *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*, op. cit., pp. 203-277.

ningún momento a la demanda antiestatal que le da origen y le asegura su porvenir”³³.

Tras el conjunto de efectos de significación comportados en las lógicas de argumentación internas al discurso común de estas dos *redescripciones* (aquello que las constituye en una *redescripción única*), es posible encontrar la eficacia performativa de unas interpretaciones que contribuyen a constituir simbólicamente aquello que ellas describen (lo que les da el carácter de “falsos constatativos”). De allí, que no sea exagerado afirmar que la *renovación socialista*, en tanto un tipo singular de identidad política e intelectual, al deconstruir el sistema de representaciones en que se recreaban la izquierda y el propio espacio autoritario, reconstruye, a su vez, de otra manera, un nuevo campo de visibilidad, un nuevo modo de representación de la izquierda, de los sujetos populares y de la escena del autoritarismo.

De regreso en el terreno de la historiografía, la afirmación de una singular forma de escritura por parte de la *Nueva Historia*, más acá de lo que constituye el contexto amplio de (auto)identificación de la izquierda en el autoritarismo, sólo se hará posible a condición de apoyarse, desde el punto de vista de las condiciones de producción de su propio discurso historiográfico, en las *redescripciones* ya establecidas por la *renovación socialista* en torno a la crisis de la izquierda y la naturaleza del Estado autoritario.

4. Renovación socialista y renovación historiográfica

La instalación de una nueva operación historiográfica al interior de un espacio textual y discursivo controlado por las sucesivas significaciones y resignificaciones de la

³³ Eduardo Valenzuela, “Renovación y populismo (Primer comentario)”, *Proposiciones*, n° 8, Santiago, 1983, pp. 31-37.

historiografía marxista clásica, obligó, en efecto, a aprehender, al menos en sus aspectos fundamentales, la crítica convencional que la *renovación socialista* estaba llevando a cabo de los modelos históricos de representación política y cognitiva de los sujetos sociales del mundo popular. Más todavía cuando, como hemos visto en las redescpciones más lúcidas de la crisis de la izquierda, las referencias continuas a una crítica de las concepciones estatistas de la política proletaria, constituían, precisamente, una de las justificaciones principales que permitían argumentar la necesidad de una crítica renovadora. De allí, que aún cuando en algunas de sus figuras más relevantes la *nueva operación historiográfica* lograra producirse como diferencia al interior del sistema de significaciones teóricas de la renovación³⁴, ella, en términos generales, no podía sino representarse inicialmente adscrita al conjunto de las prácticas del socialismo renovado y de sus efectos de significación³⁵.

Así, en forma análoga al movimiento teórico de la *renovación socialista*, la “renovación” historiográfica³⁶ iniciada por la nueva historia social de los ochenta tendió a desarrollarse a través de un doble gesto crítico deconstructivo. Por un lado, inició un replanteamiento de las coordenadas comunes de reconocimiento propias a la identidad de la referencia historiográfica³⁷. Por otro lado, desarrolló una intensa

³⁴ Para este caso singular, Gabriel Salazar, “De jaulas y domadores o el problema histórico de la izquierda en Chile”, *Krítica*, n°26, Santiago, 1987, pp. 2-3.

³⁵ La articulación de la nueva escena historiográfica con las prácticas del socialismo renovado, es tan extensa que presenta, incluso, formas de intervención político intelectual que están lejos de agotarse inicialmente en la mera escritura histórica. Intervenciones que pueden encontrarse tanto en algunas páginas de *Proposiciones* como en otras de *Krítica*. Así, por ejemplo, Pedro Milos, “Allende, los socialistas y la Renovación”, *Krítica*, n° 13, Santiago, 1984, p. 21.

³⁶ Sobre la necesidad de una *renovación historiográfica*, véase, Editorial, “Discusión historiográfica actual”, *Boletín Encuentro de Historiadores*, n° 2, Santiago, 1986.

³⁷ La referencia problemática por la identidad social es tan marcada en la construcción del discurso historiográfico de la Nueva Historia, que ella tiende a representarse a sus cultores como el eje fundamental en torno al cual gira la reflexión historiográfica en el período. El mismo Gabriel Salazar, cuando se ve obligado a reconstruir la escena de la “historiografía crítica” durante la dictadura, no puede hacerlo sino a condición de representarla girando en torno al problema de la identidad, en tanto problema histórico de la sociedad chilena. Para esta aseveración, véase, G. Salazar: “Historiografía y dictadura en Chile (1973-1990). Búsqueda, identidad, dispersión”, op. cit., esp. pp. 87 y ss.

Por otro lado, la centralidad de “la cuestión de la identidad” en la Nueva Historia obliga a sus cultores a mantener, aún hoy, una relación problemática con los referentes “extradiscursivos” de su propuesta historiográfica. Así, al menos, aparece reflejado en la siguiente descripción: “Los asistentes al coloquio no se resignaron a un papel de simples espectadores. Las intervenciones en esta sesión fueron numerosas, ya sea para exigir una auto-definición epistemológica e ideológica de Alfredo Jocelyn-Holt, ya sea para demandar de Gabriel Salazar una propuesta política en la que se

crítica a los “sistemas teóricos” que habían dominado la investigación social latinoamericana en los años sesenta y setenta.

La necesidad de una “renovación” historiográfica³⁸ en la superficie textual y discursiva del *Encuentro de Historiadores*, plataforma principal de la operación comentada, sólo se logró imponer, sin embargo, tras superarse un inicial escepticismo intelectual y una sensación generalizada de crisis política. De alguna forma, para la generación de historiadores que componen la “escuela historiográfica” de la *Nueva Historia*³⁹, la experiencia del golpe de Estado de 1973 significó, ante todo, la experiencia de un quiebre político y humano fundamental de profundas repercusiones intelectuales y teóricas. Es sólo desde el reconocimiento común de esta experiencia que la nueva escena historiográfica logra estructurar un soporte social de referencias intelectuales y morales lo suficientemente sólido como para orientar desde allí sus problemáticas y modos de trabajo. La necesidad de una “renovación historiográfica” surge así del sentimiento de un cierta pérdida tanto de los objetos históricos habitualmente representados en el imaginario político-popular como de las formas clásicas de “escritura histórica” presentes en la historiografía marxista del movimiento obrero. La evidencia de una pérdida, de una cierta privación social, intelectual y moral, provocada por la dictadura, impone a la nueva escritura historiográfica la necesidad de realizar un “trabajo de la memoria”. Trabajo que al pensarse como “una historia/historiografía de la autoidentificación

encarne su línea historiográfica. El debate se tornó particularmente apasionado e interesante cuando algunos ex-alumnos y ex-ayudantes de Salazar le reprocharon el ‘no formar escuela’ o no dar una proyección política clara y consistente a su obra de historiador. Un mini alzamiento de discípulos (socarronamente bautizado por alguien del público como ‘la rebelión de los colgados’) se desarrolló durante la parte final de la discusión.” Al respecto, Sergio Grez, “¿Invierno de la teoría? Notas sobre un coloquio de teoría de la historia”, *Boletín de Historiadores*, n° 2, Santiago, 1996, pp. 3-6 (ref. p. 5).

³⁸ La palabra “renovación” tiene un alto tráfico semántico al interior del *Boletín Encuentro de Historiadores*. A su vez, ella es usada frecuentemente en cursiva, lo que hace suponer la búsqueda de un vínculo con el proceso intelectual más general que fue la *renovación socialista*.

³⁹ Dentro de la generación de historiadores que componen el espacio de la Nueva Historia, será Eduardo Devés quien advertirá con mayor fuerza la idea de “escuela historiográfica”, así como su carácter generacional. Al respecto, Eduardo Devés, “La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico”, *Mapocho*, n° 30, Santiago, 1991, pp. 127-136.

histórico/carnal con el Otro”⁴⁰, bien puede ser descrito como un trabajo “al borde del acantilado”. La hermosa imagen con que Michel de Certeau buscó describir el estilo narrativo de Foucault, viene aquí en auxilio para sacar a la luz una escena historiográfica límite donde la escritura busca acoger la mudez significativa de unas prácticas declaradas irrenunciables. Al borde del acantilado, precisamente, sirve también para designar aquella otra operación límite en la cual la nueva escena soñó la posibilidad de una fusión que superara la distinción entre historia e historiografía⁴¹.

Tras la afirmación enunciativa de la necesidad de trabajar los propios signos de la experiencia del abandono y de la derrota histórica, de la pérdida y de la incertidumbre, la nueva escena historiográfica inicia el proceso de una renovación intelectual que, en muchos de sus aspectos, no consiste sino en unas prácticas de lectura y escritura que reapropian subrepticamente el espacio organizado por los modos de enunciación de las retóricas de la *renovación socialista*. Pues, aún cuando la constitución de la superficie discursiva de las prácticas intelectuales de la *renovación* indicara que ella no era una línea política específica ni una estrategia política, sino un cambio ideológico y, más precisamente, cultural, en cuyo interior podían darse muy diversas líneas o estrategias políticas⁴², las formas y movimientos que al interior de la misma desarrollaban los agentes de la “nueva escena historiográfica” parecían más bien evidenciar el trabajo de una trama argumental infinita que en su narración establecía el juego de una resistencia, el origen de una disidencia interna al campo de hegemonías del socialismo renovador. Pues, bien podría decirse, retomando otra hermosa imagen de Michel de Certeau, que las prácticas intelectuales de la nueva historiografía tendían a operar en el terreno de la

⁴⁰ María Angélica Illanes, “La historiografía ‘popular’: una epistemología de ‘mujer’. Chile, década de 1980”, *Solar. Estudios latinoamericanos*, Santiago, 1994, pp. 22-34 (ref. cit. p. 23)

⁴¹ Para un tratamiento de este problema en la nueva escena, además del artículo arriba citado de María Angélica Illanes, véase, Eduardo Devés, “Historiografía entre la ciencia y la concientización (proyecto para una generación de historiadores)”, *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre. Escuela Santa María, Iquique, 1907*, Santiago, Ediciones Documentas, 1988, pp. 11-40.

⁴² Manuel Antonio Garretón, “La renovación del socialismo”, en Ricardo Nuñez (comp.), *Socialismo: 10 años de renovación*, Tomo I, op. cit., pp. 22 y ss.

renovación a la manera de “un cazador furtivo, que persigue, en el bosque comunal, las pistas de sus intereses y deseos”⁴³.

Ahora bien, si toda práctica historiográfica queda configurada por el sistema con que se elabora, por la localización que ella ocupa —en tanto práctica significativa— al interior de las relaciones de dicho sistema⁴⁴, la emergencia de una nueva escena historiográfica en la historia popular chilena no podía sino ser representada, inicialmente, al interior de las operaciones de redescrición llevadas a cabo por la *renovación* en las superficies de escenificación de la tradición socialista. Sin pretender restituir aquí el conjunto de estas operaciones, conviene sí retener dos elementos esenciales a la comprensión del contexto enunciativo en el cual se insertan, de igual modo, las operaciones de redescrición propias a los procesos de “renovación historiográfica” de la nueva escena.

En su estructura mínima de argumentación, es posible advertir que el campo de debate de la *renovación socialista* tiende a articularse en torno a dos elementos centrales de orden teórico e histórico. El primero de ellos dice relación con una revalorización de la democracia y con el desarrollo de una crítica a las formas tradicionales de “hacer política” de la izquierda. La experiencia del golpe militar pasa a representar aquí un punto de inflexión a partir del cual se inicia una autocrítica profunda de los modelos clásicos de representación a través de los cuales las organizaciones populares acostumbraron pensar la transformación social. Esta severa crítica a los haceres prácticos de la izquierda tradicional tendió a representarse en sus redescriciones macrosociales como una crítica general a las formas históricas de estructuración de la sociedad chilena. Presentada como una observación histórica de la matriz de constitución de los sujetos y actores colectivos, la crítica señalaba, en lo esencial, que la “matriz sociopolítica” de articulación del régimen democrático chileno en el presente siglo se había caracterizado por dar una alta centralidad al

⁴³ Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1996, cap. XII.

⁴⁴ Una interesante presentación de estas tesis en el campo historiográfico, puede encontrarse en Roger Chartier, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996.

Estado y al sistema de partidos políticos en desmedro del desarrollo de la sociedad civil⁴⁵. Así, según una lectura ya común al campo de la *renovación*, la importante presencia del Estado como referente principal de demandas y reivindicaciones sociales habría favorecido un tipo particular de articulación entre Estado y sociedad, en la cual el sistema de partidos políticos habría tenido una relevancia fundamental en cuanto ámbito principal de constitución de los actores sociales y espacio de mediación privilegiado de las demandas de la base social organizada. La alta visibilidad del Estado en el régimen político, y la elevada representatividad e inclusividad del sistema partidario, habrían tenido por contrapartida una débil estructuración del campo de actuación histórica de los actores y movimientos sociales. Es, precisamente, como reacción a esta debilidad estructural del interespacio de construcción del mundo social, que la *renovación socialista* habría intentado desarrollar las ideas de una mayor autonomía de los movimientos sociales y de un mayor reforzamiento de las organizaciones comunitarias. Tras estas ideas se encontraban también las figuraciones de una sociedad civil emancipada, autónoma y crítica del sistema partidario⁴⁶.

El segundo elemento central al campo de discusiones de la *renovación del socialismo* chileno, tiene que ver con una amplia crítica a las tradiciones cognitivas de la izquierda nacional⁴⁷. La crítica de los “marxismos en uso” en la tercera Internacional y en la nueva izquierda de los sesenta (de inspiración cubana), se convierte aquí en una tarea prioritaria a todo intento de elaboración de una teoría democrática del cambio social. Las diversas versiones objetivistas del “marxismo en uso” de los años sesenta y comienzos de los setenta, son objeto de una sostenida crítica que cuestiona tanto los elementos estatistas presentes en la teoría de la revolución como los elementos esencialistas que la llevan a presentarse como un Saber-Absoluto y una Política-Verdad. Pues, como dice Tomás Moulian, se entiende que “partiendo de

⁴⁵ Para la formulación inicial de estas tesis, Manuel Antonio Garretón, *Dictaduras y democratización*, Santiago, Flacso, 1983.

⁴⁶ Manuel Antonio Garretón, “¿En qué consistió la renovación socialista? Síntesis y evaluación de sus contenidos”, VV. AA., *La renovación socialista. Balance y perspectivas de un proceso vigente*, Santiago, Ediciones Valentín Letelier, 1987, pp. 17-43.

⁴⁷ Tomás Moulian, *Democracia y socialismo en Chile*, Santiago, Flacso, 1983.

esta idea de Ciencia como Saber Absoluto, se deriva en una noción de Partido de carácter iluminista⁴⁸. La afirmación de una perspectiva democrática y antiestatista del socialismo lleva a los teóricos de la renovación a criticar la idea de partido leninista y a cuestionar la idea del marxismo como ciencia. Asimismo, en este escenario de cuestionamientos múltiples, la valoración “en clave democrática” del pensamiento de Gramsci llevará a censurar fuertemente la influencia del marxismo althusseriano en la izquierda continental⁴⁹.

Señaladas las redescpciones principales que parecen distinguir el contexto enunciativo de la *renovación socialista*, es posible ya adelantar las redescpciones que en su conjunto individualizan las operaciones de la “renovación” en la nueva escena de la historiografía popular.

Más allá de las representaciones comunes con que se suele identificar la producción de una escritura histórica —esto es, organización narrativa, objetos de interés, adscripciones ideológicas, etcétera—, es posible afirmar que la emergencia de una nueva “operación historiográfica” en el universo discursivo de la *renovación*, se encuentra directamente relacionada con la afirmación inicial de un desplazamiento crítico demarcatorio en el orden de los objetos del discurso histórico. Se puede decir, sin temor a equivocarse, que la producción de este desplazamiento no es sino la fabricación de un conjunto de diferencias significativas al interior de la historia popular que busca, por un lado, distinguirse de las identidades intelectuales clásicas de la historiografía marxista nacional (movimiento de separación que tendría más los rasgos de una lógica de estructuración de campo bourdieuiana, que los rasgos de una “revolución científica” kuhniana), así como, por otro lado, de las operaciones

⁴⁸ Tomás Moulian, “Sobre la teoría de la renovación”, en Ricardo Nuñez (comp.): *Socialismo: 10 años de renovación*, Tomo II, op. cit., pp. 100-112 (ref cit. p. 110).

⁴⁹ En otro lugar hemos examinado las relaciones de la renovación socialista con el marxismo althusseriano. Al respecto, Miguel Valderrama, “Althusser y el marxismo latinoamericano. Notas para una genealogía del (post)marxismo en América Latina”, *Mapocho*, n° 43, Santiago, 1998, pp. 167-182.

político-intelectuales de una tradición de izquierda juzgada incapaz de valorar la creciente centralidad política de los nuevos sujetos sociales en la arena nacional⁵⁰.

Ahora bien, desde el punto de vista del espacio de operaciones lógicas requeridas para la afirmación de esta redescrición, que es a la vez una crítica demarcatoria en la historia social popular, la nueva escena historiográfica debe afirmar la transformación del campo objetual de la referencia discursiva tanto a un nivel histórico como a un nivel historiográfico. Es decir, debe operar a un nivel estrictamente disciplinar como a un nivel extradisciplinar de orden esencialmente político⁵¹. Así, a la transformación del campo de sujetos de predicación historiográfica debe corresponder una igual transformación del campo de sujetos de predicación histórica. Esta correlación y doble determinación de la operación escritural es importante, pues, en gran parte, de ella depende la conformación del universo de discurso de la Nueva Historia.

En efecto, el desplazamiento de la categoría de “clase obrera” por una categoría más inclusiva, aunque de límites más difusos, como la de “pueblo”, no evidencia simplemente un quiebre en la mirada historiográfica, o la mera afirmación de un nuevo polo subjetivo de atención. En ella se evidencia un desplazamiento teórico-político atento a la propia manifestación contemporánea de una rebelión social contra el Estado⁵². El ciclo de protestas nacionales abierto contra la dictadura a comienzos de los años ochenta, y la severa crítica llevada a cabo al mismo tiempo por la

⁵⁰ Es interesante que la primera convocatoria del *Encuentro de Historiadores*, realizada en noviembre de 1982, tuviera por tema central “Los protagonistas de la Historia Contemporánea de Chile”. Es importante destacar, asimismo, que la mayoría de las ponencias del primer Encuentro tuvieron por protagonistas a diversos actores de las movilizaciones contra la dictadura. Una completa lista de las ponencias de los Encuentros, puede encontrarse en *Boletín Encuentro de Historiadores*, n°0, n° 2-3 y n° 5.

⁵¹ La preocupación por lo político, entendido en un sentido accional, es central en el trabajo de los nuevos historiadores. Ella se manifiesta en forma de una interrogación permanente por las potencialidades y proyectos del sujeto popular. Así, para un texto ejemplar en este punto, Gabriel Salazar (entrevista con equipo *Krítica*), “Volverán a fracasar los aprendices”, *Krítica*, n°24, Santiago, 1987, págs. 28-31. También, para este punto, Eduardo Devés, “La historiografía entre la ciencia y la conciencia (proyecto para una generación de historiadores)”, op. cit., esp. pp. 25 y ss.

⁵² Véase, para un análisis de esta operación de ruptura y desplazamiento, Miguel Valderrama, “La cuestión del humanismo historiográfico en la nueva historia popular de Chile: historiografía marxista y nueva historia”, *Alamedas*, n° 3, Santiago, 1997, pp. 63-68.

renovación socialista al carácter estatista de la política, aunque constituyen hitos centrales para el trabajo de la nueva escena historiográfica, están lejos de agotar en sí el campo de operaciones de la misma. Pues, lo que la nueva escena parece afirmar desde un comienzo, junto a su crítica al marcado estatismo de la política nacional, es el descubrimiento de una forma de experimentar la centralidad del mundo popular. Esta particular forma de identificación histórica/historiográfica, no es sino, podría decirse, la resultante final de una ruptura mayor con los criterios según los cuales la historiografía marxista clásica acostumbraba identificar los sujetos sociales⁵³.

Retomando, en este punto, cierta lectura de E. P. Thompson ampliamente extendida entre los jóvenes historiadores del período⁵⁴, es posible señalar que lo que la *Nueva Historia* rechaza de la teoría marxista de las clases era una comprensión muy difundida de los sujetos sociales según la cual estos no eran sino “soportes” de estructuras, meros efectos de una locación estructural que los determinaba en su comportamiento y actitudes. Frente a esta lectura, la nueva escena historiográfica busca afirmar una comprensión dinámica del sujeto de rasgos esencialmente “vitalistas”. A través de esta comprensión, más que un análisis de las estructuras sociales en las cuales se insertan los sujetos, lo que se busca es descubrir la experiencia vital de una fuerza social en movimiento y autocreación. Aquí, lo central es, más bien, en palabras de Gabriel Salazar, resolver el “problema de cómo discernir las condiciones fundamentales que hacen de un colectivo social un sujeto histórico significativo”⁵⁵.

⁵³ La escritura como experiencia, como forma de identidad histórica/historiográfica, es un rasgo esencial de la *Nueva Historia*. Ello, al punto de constituir esta especie de escritura-experiencia una característica definitoria de su empresa historiográfica. Una excelente exposición de esta forma escritural de la no-mediación, puede encontrarse en: Leonardo León, “Los combates por la historia”, en Sergio Grez y Gabriel Salazar (comps.), *Manifiesto de Historiadores*, Santiago, LOM Ediciones, 1999, pp. 89-112.

⁵⁴ Respecto de la lectura de Thompson a comienzos de los ochenta, José Bengoa expresa “que nuestra dependencia teórica y metodológica de las contribuciones externas es un hecho alarmante, aunque en el caso específico de E. P. Thompson, es preciso reconocer que esta vez se ‘sale de lo tradicional’ ... ¿se trata de una nueva moda?”. José Bengoa en “Historiografía chilena: Balance y perspectivas”, op. cit., p. 158.

⁵⁵ Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios*, Santiago, Ediciones Sur, 1985, p. 11.

La valoración del sujeto por sobre las estructuras (es la fórmula del periodo⁵⁶), obliga a definir la categoría de “pueblo” en términos experienciales, llevando a los análisis históricos que adscriben a este giro a una utilización profusa de los métodos de la historia oral y a una revalorización de la experiencia histórica como espacio privilegiado de constitución y desarrollo de las identidades colectivas⁵⁷.

Es en esta perspectiva de desarrollo que la nueva “operación historiográfica”, criticando el criptonormativismo que guió la historia del movimiento obrero, busca superar una historia social del *statu quo* centrada en el movimiento orgánico de un proletariado consolidado en cuanto tal, cuyo “ser proletario” aparecía a la historiografía popular clásica como una necesidad impuesta por el devenir histórico⁵⁸. Es así, como paulatinamente la nueva escena historiográfica concentrará su mirada en las rebeliones y resistencias iniciadas por distintos sujetos sociales ya sea contra el Estado o contra los procesos forzados de proletarización y moralización pública⁵⁹.

La afirmación de este primer desplazamiento crítico demarcatorio respecto del horizonte intelectual de la historiografía clásica del movimiento obrero, sólo evidencia, sin embargo, la totalidad de sus efectos de redescrición en el momento de la reorganización del conjunto de categorías y supuestos historiográficos inscritos al interior del campo conceptual abierto por las nociones de “pueblo” y de lo “popular”. La noción de “pueblo”, común a los juegos de lenguaje de la nueva escena⁶⁰, al ser

⁵⁶ Sólo a partir de finales de la década de los noventa, y gracias a una especie de cesura intelectual que separa a los nuevos investigadores de sus predecesores, se ha comenzado a cuestionar seriamente esta oposición. Al respecto, Mauro Basaure, “Algunas notas sobre poder en teoría social”, *Alamedas*, n° 4, Santiago, 1998, pp. 36-47.

⁵⁷ Para un breve repaso de algunos de los trabajos sobre historia oral del período, que tiene en cuenta los riesgos de “encerrarse en la ‘sola’ experiencia popular”, puede consultarse a Leopoldo Benavides, “Historia oral en Chile”, material de discusión, n° 107, Flacso, Santiago, 1987.

⁵⁸ Aquí no hacemos sino parafrasear a María Angélica Illanes, en “Disciplinamiento de la mano de obra en una formación social en transición. Chile 1840-1850”, *Nueva Historia*, n° 11, Londres, 1984.

⁵⁹ Para esta afirmación véase el conjunto de trabajos publicados en el número especial de la revista *Proposiciones* titulado “Chile, Historia y ‘Bajo Pueblo’”, número que estuvo a cargo de Gabriel Salazar. Véase, *Proposiciones*, n° 19, Santiago, 1990.

⁶⁰ La centralidad de esta noción queda reflejada en el siguiente juicio de E. Devés: “Una cuestión específica en que se manifestaría algo de estas opciones no confesadas ni tematizadas, sería el lenguaje que utiliza gente de esta generación. Por ejemplo, hablar de ‘pueblo’ en vez de ‘clase obrera

presentada como una categoría social redefinida en función de la propia experiencia histórica y de la vitalidad de la acción social, no sólo obliga a una recreación de la política de rasgos comunales, marcada por las nociones de participación e integración social, sino que, además, dictamina una particular crítica de todas aquellas formas de acción política separadas de la experiencia cotidiana y de las actividades prácticas de la comunidad. Esta crítica determinará en los diversos trabajos y orientaciones políticas de la nueva escritura historiográfica, ciertos rasgos antiestadistas, críticos tanto de la política partidaria hecha en los grandes salones como de las estrategias políticas social populares concebidas bajo las ideas de “toma del Estado” (línea revolucionaria) o de “frentes populares” (línea reformista)⁶¹.

El segundo desplazamiento crítico demarcatorio llevado a cabo por parte de la *Nueva Historia* contra el horizonte intelectual de la historiografía popular clásica, está representado al interior de una intensa crítica más general a los “sistemas teóricos” que habían dominado la investigación social latinoamericana en los años sesenta y setenta.

En el ámbito de la historiografía popular chilena, la crítica del estructuralismo, y más específicamente, la crítica del marxismo althusseriano, estarán en la base de las preocupaciones de los nuevos historiadores. La crítica en cuestión, retomando algunos de los temas de la *renovación socialista*, cuestionará la teleología presente en las discusiones de la historiografía y la ciencia social continental. Así, frente al ya clásico debate sobre los modos de producción en América Latina, la naciente historiografía de los años ochenta y noventa se limitará a recordar, en algunos casos,

y sus aliados’, hablar de ‘popular’ en vez de ‘proletario’”. Al respecto, Eduardo Devés, “La historiografía entre la ciencia y la concientización (proyecto para una generación de historiadores)”, op. cit., p. 18.

⁶¹ La expresión más clara de estas afirmaciones puede encontrarse en Gabriel Salazar, “De jaulas y domadores o el problema histórico de la izquierda en Chile”, *Krítica*, n° 26, Santiago, 1987, pp. 2-3. A su vez, Gabriel Salazar (entrevista con equipo *Krítica*): “Volverán a fracasar los aprendices”, *Krítica*, n° 24, Santiago, 1987, págs. 28-31. También es útil consultar para mayor comprensión de estas posiciones, un texto producido por el equipo de ECO sobre el tema. Así, Fernando Castillo, Mario Garcés, Gabriel Salazar, “Los movimientos sociales populares y la crisis de la izquierda”, *Cal y canto*, n° 6, Santiago, 1990, págs. 3-21; así como la lectura y síntesis más reciente desarrollada por

las constricciones presentes a un formal-abstraccionismo marxista que, bajo la excusa de estructuras y tendencias generales inscritas en la historia material de la vida humana, acostumbraba clasificar la historia toda en rígidas etapas históricas de evolución social⁶². La denuncia del “paradigma ahistoricista”, se realiza, a su vez, en otros casos, bajo la forma de una crítica humanista e historicista de los sistemas teóricos heredados que enfatiza, entre otros puntos, la escasa sustentación empírica de los estudios llevados a cabo bajo tales orientaciones⁶³.

Ahora bien, es posible advertir en los cuestionamientos de la nueva escena a lo que ella denominó el “racional estructuralismo”, el trabajo de una traducción literal de aquella otra crítica que en el plano de la *renovación* algunos intelectuales estaban llevando a cabo del leninismo y de ciertas lecturas del estructuralismo althusseriano⁶⁴. Sin duda, tras la afirmación de estas traducciones y duplicaciones, se encuentra una exploración común al campo de la *renovación* de formas fragmentarias de marxismo, que sirvan preferentemente como herramientas metodológicas de apoyo de la investigación social. La creciente popularidad a mediados de los años ochenta de un “marxismo mínimo”⁶⁵ en el ambiente historiográfico de la *Nueva Historia*, no hace sino reflejar cómo las relaciones de vecindad al interior del campo de la *renovación* determinan, en algunos casos específicos, la aceptación común de un conjunto de designaciones rígidas que contribuyen a identificar con mayor claridad las nuevas identidades teóricas en auge en la cultura de la izquierda nacional.

G. Salazar en: “Las concertaciones de partidos de centro-izquierda en Chile. ¿Cuanta ha sido su utilidad histórica?”, *Alamedas*, n° 5, Santiago, 1998, pp. 9-13.

⁶² María Angélica Illanes, “Tendencias de la historiografía actual en Chile”, op. cit., p. 14.

⁶³ Gabriel Salazar, “El movimiento teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile. 1950-1975”, *Nueva Historia*, n° 4, Londres, 1982.

⁶⁴ Tomás Moulian, “Presentación: Una reflexión sobre intelectuales y política”, *Democracia y socialismo en Chile*, op. cit., pp. 5-19.

⁶⁵ Las tesis del “marxismo mínimo” fueron inicialmente divulgadas en forma de características comunes al nuevo espacio historiográfico por Eduardo Devés. Así, comentando la nueva escena el historiador señala: “Aparte de la obvia cercanía de edades, está la semejanza en la formación universitaria, el afán por abordar temas poco tratados por la historiografía nacional, el eclecticismo metodológico, el uso de un *marxismo mínimo*, la oposición a la dictadura, el trabajo académico en instituciones alternativas a las oficiales, el origen santiaguino.” Al respecto, Eduardo Devés, “La historiografía entre la ciencia y la conciencia (proyecto para una generación de historiadores)”, op. cit., p. 16. Una visión similar sobre la presencia de un “marxismo mínimo” en la nueva escena historiográfica con el “cual todos trabajan”, puede encontrarse en la sesión 4 del Seminario de historia de Chile realizado en Sur profesionales en 1985.

5. Comunidad, ciudadanía y Nueva Historia

Pensar la reinscripción de la “nueva escena historiográfica” en la historia de la producción cultural de la izquierda nacional no significa, en ningún caso, negar la importancia histórica e historiográfica del discurso de la *Nueva Historia*, sino comprender su racionalidad específica. Significa, en otras palabras, aprehender la historicidad de su producción y de sus relaciones con otros discursos. De ahí que la búsqueda de las huellas y marcas de su escritura, de lo que Derrida ha llamado en otro lugar una “archiescritura”, sea un desciframiento continuo de las redes intertextuales de su producción discursiva. Por ello, no es extraño que un análisis de “la escritura de la historia” se presente aquí bajo la forma de una especie de contabilidad lógica que distingue e identifica la compleja red intertextual que esta en la base de la producción de un discurso historiográfico determinado⁶⁶. Pues, si las operaciones productoras de sentido son siempre intertextuales en el contexto de cierto universo discursivo, el principio de intertextualidad es también válido entre universos discursivos diferentes.

Una aproximación al estudio de la “nueva escena”, en tanto un campo historiográfico interior a la historia popular de Chile, debe, por ello, determinar el papel que cumplen, dentro del proceso de producción del discurso historiográfico de la *Nueva Historia*, otros discursos relativamente autónomos que, si bien funcionan como momentos o etapas de su producción, no aparecen en la superficie del discurso historiográfico producido o terminado. Ahora bien, si como recuerda Michel Foucault “la historia sólo es posible sobre el fondo de una ausencia de historia”, nada tiene de extraño, entonces, que bajo tales exigencias de existencia, la “nueva escena historiográfica” se empeñe en negar las condiciones de producción intertextuales que hicieron posible su presencia. No obstante, y más allá de su propia autoidentificación

⁶⁶ Cabe recordar que en este texto, sólo se ha trabajado la producción del discurso historiográfico. Su escena inicial de escritura. El reconocimiento de las prácticas discursivas operadas a partir de esta escritura histórica, que remite a comunidades de lectura y escritura diferencialmente situadas en el

disciplinar, al representarse como una *invención escritural externa* al campo discursivo de la renovación socialista, y al terreno de disputas de la izquierda nacional, lo que en realidad hace esta otra escena de escritura es poner en acto una ilusión hagiográfica que refuerza inadvertidamente su vínculo ideológico con las condiciones de producción que la hicieron posible y con el sujeto productor de la historia que constituye su referencia escritural.

La *Nueva Historia*, para decirlo de otro modo, al constituirse como una escritura interna a la operación socialista, al conjunto de sus *redescripciones*, queda atrapada en la regularidad de discursos que constituyen inicialmente al campo del socialismo renovador. Para explicar esta afirmación conviene en este punto retener aquella tesis arqueológica que reconstruye la caracterización de una “formación discursiva” a partir de una regularidad en la dispersión. Ciertamente, el conjunto de discursos que animan el movimiento de la renovación en Chile no tienen por principio unificante la referencia a un mismo objeto, la afirmación de un estilo en sus enunciados, o la denominación de un tema común. Al igual que las formaciones discursivas descritas por Foucault, la renovación socialista puede caracterizarse a partir de una dispersión regular. Regularidad gobernada por reglas de formación (que aquí no se analizan), y por complejas condiciones de existencia y producción. Sin embargo, y he aquí la peculiaridad de esta regularidad discursiva, la dispersión de discursos que caracterizan al socialismo chileno, exige determinar el punto de referencia respecto del cual los distintos discursos pueden ser pensados como dispersos. Este principio subyacente a la superficie discursiva comentada está constituido por las imágenes del autoritarismo y de la izquierda tradicional. Ambos elementos, en el signo de su comunión, encarnan la unidad ausente que da sentido e impulso a la crítica del stalinismo y de sus imágenes de sociedad en el medio nacional.

Siguiendo el gesto constitutivo del espacio socialista, esto es, la afirmación de una doble denegación tanto del autoritarismo como de las tradiciones de la izquierda

sistema de producción discursiva de la izquierda nacional, remitiría a un análisis distinto del aquí realizado.

marxista, la nueva escena historiográfica concluirá por presentarse como una forma singular de historiografía comunitaria que en su reclamación de identidad, acabará por escindir la propia división del mundo que la constituye. Suscrita inicialmente a una historia de los “nuevos movimientos sociales”, la emergente escritura histórica a medida que consolida la experiencia de su identidad escritural y discursiva termina por afirmar la centralidad de los movimientos comunitarios de signo popular. Esta afirmación es importante no sólo porque a través de ella la *Nueva Historia* pasa a consolidar una renovación populista al interior del campo del socialismo nacional, sino porque, además, a partir de esta otra renovación, la nueva escena historiográfica pasa a reconstruir al interior de ese campo mayor la división clásica que tradicionalmente había afectado a las orgánicas partidarias del socialismo chileno. Aquella división entre populistas y marxistas que caracterizó la vida del socialismo en Chile durante el siglo XX, aparece ahora recreada en las figuras de populistas comunitarios y socialistas liberales.

La afirmación de esta división depende, por cierto, estrechamente de la posibilidad de distinguir entre movimientos sociales y movimientos comunitarios.

Enfrentada a esta distinción, la sociología accionalista ha señalado que un movimiento comunitario es tanto más fuerte cuanto más plenamente se identifican con valores culturales los individuos que militan en él⁶⁷. La comunidad se define directamente por estos valores, sin distanciamiento, sin necesidad de una tensión, o de un esfuerzo por controlarlos u orientarlos. El actor no se moviliza para dirigir una historicidad que otros se apropian y cuya dominación aquél impugnaría, sino más bien, se moviliza para defender una historicidad que él observa amenazada, o cuya expansión desea asegurar. La apuesta de la acción no es, pues, un conjunto de modelos o de valores que el actor compartiría con su adversario social, como cuando el movimiento obrero y la burguesía están de acuerdo en reconocer el carácter

⁶⁷ En el marco de la sociología accionalista cabe destacar los siguientes trabajos, que utilizando esta distinción analizan sociedades europeas y latinoamericanas. Así, para el caso de Europa, Michel Wieviorka, *El espacio del racismo*, Barcelona, Paidós, 1992, cap. 11; para América Latina, Alain Touraine, *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, Santiago, PREALC, 1987.

positivo del progreso y de la industria, y simplemente discuten la dirección de los mismos. Aquí, de lo que se trata, en cambio, es de afirmar un conjunto de modelos o de valores contra otro conjunto, de oponer una historicidad a otra.

Expresado en breves palabras, podría decirse que un movimiento comunitario se construye necesariamente a partir de una identidad. La identidad constituye su ser, su esencia, su naturaleza. En ella se fundamenta una unidad que aparentemente no debe nada a las relaciones sociales, y que, a primera vista, parece constituir un dato ahistórico o transhistórico. Ahí está la base de toda la acción comunitaria, cualquiera que sea después su manera de definir aquello a lo que se opone, o contra lo que se moviliza. Lo propio de la identidad en este sentido es que no necesita nada que no sea ella misma para ser definida, no implica ninguna relación del actor con otro actor.

En cambio, un sentido preciso de movimiento social observa en dicho concepto una acción conflictiva, inscrita en una relación estructural de dominación, llevada a cabo por un actor capaz de reconocerse en una identidad social y de reconocerle también una identidad a su adversario, que a su vez es capaz de situarse sobre el mismo terreno que el actor al que se opone. Aquí, al contrario de los actores comunitarios, el plano de acción histórica de los movimientos sociales está constituido por un complejo sistema de relaciones e intercambios, de negociaciones y cálculos de interés individuales y colectivos. El conflicto se desarrolla, en otras palabras, en un espacio normado de interacción social caracterizado por un conjunto de objetivos e intereses comunes.

Un movimiento comunitario, en síntesis, no tiene relación de identidad con un movimiento social, puesto que, allí donde éste refleja la división de una sociedad, el primero, por el contrario, apela a la unidad del cuerpo social o de cualquier otra colectividad.

Ahora bien, al señalar constantemente a los “sujetos de carne y hueso” como “la historicidad misma”, a la comunidad local y “la oralidad ininterrumpida de la vida

social” como la forma suprema de una “historicidad viva”⁶⁸, la *Nueva Historia* pareciera querer reafirmar, tras la huella de un sujeto referencial, una forma política de “transparencia enunciativa” que, al estilo de los populismos de derecha y de izquierda contemporáneos, busca una confirmación de la comunidad, de la democracia local y de la participación ciudadana.

Más allá de si esta reafirmación es leída en la “nueva escena” como una opción razonada por las identidades comunitarias, o si ella constituye, en cambio, una posición necesaria a un “esencialismo estratégico” de la identidad⁶⁹, lo cierto es que, sin duda, ella responde a una demanda histórica de integración social. Es, precisamente, esta misma demanda histórica de integración social la que ha obligado a Norbert Lechner a advertir que “si la democracia en América Latina no asume la demanda de comunidad, presenciaremos en los próximos años un auge del populismo o fundamentalismo para asegurar —en formas no democráticas— un sentimiento de comunidad”⁷⁰.

De allí, que tal vez el problema mayor que deba enfrentar la *Nueva Historia* en la escena actual de postdictadura no sea otro que el de la propia revisión de su identidad referencial, quizá en vistas a la posibilidad de defender un “esencialismo estratégico” de la identidad compatible con el universo del espacio democrático y con la demanda de comunidad social que hoy parece imponerse.

6. Conclusión: “Valerse de” —Tácticas y estrategias

Dejando sin explorar por el momento otras perspectivas de análisis, es posible afirmar, a modo de conclusión, que en Chile la renovación de la historiografía

⁶⁸ Las referencias aquí presentadas se encuentran en múltiples historiadores y trabajos de la “nueva escena”, conviene en este punto citar, sin embargo, por la relevancia de dos casos comunitarios allí comentados, el artículo de Gabriel Salazar, “Ciudadanía e historia social: vida, muerte y resurrección”, *Proposiciones*, n° 29, Santiago, 1999, pp. 198-211.

⁶⁹ Para una discusión más detenida de la noción de “esencialismo estratégico”, véase, Gayatri Chakravorty Spivak, *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*, New York, Methuen, 1987.

⁷⁰ Norbert Lechner, “A la búsqueda de la comunidad perdida. Los retos de la democracia en América Latina”, *Revista internacional de ciencias sociales*, n° 129, Barcelona, 1991, p. 578.

popular estuvo íntimamente vinculada a la renovación y discusión de las tradiciones y prácticas principales del socialismo. Más allá de las adscripciones político-partidarias de los historiadores participantes de la “nueva escena”, el espacio social mayor que determinó y configuró las prácticas escriturarias de la nueva historiografía crítica popular fue el de las prácticas políticas e intelectuales de la renovación socialista. Determinación y configuración que debe ser entendida, por cierto, a partir de las condiciones de posibilidad necesarias para la emergencia y consolidación de una nueva escena historiográfica crítica.

Sin embargo, y aquí la advertencia es fundamental, esta determinación y configuración no debe ser leída en ningún caso como una determinación y configuración refleja. Pues, una lectura así establecida presentaría a la escritura de la *Nueva Historia* como repetición simple de las operaciones y redescpciones principales llevadas a cabo por la renovación del socialismo en Chile. Esta determinación hay que entenderla, por el contrario, bajo la ley de una *resistencia*, bajo una política de la escritura. “Valerse de” es aquí la expresión fundamental. La escritura de la *Nueva Historia* si bien tiene en la *renovación* su contexto mayor de emergencia, representa al interior de este espacio la figura de una resistencia escrituraria. Resistencia escrituraria que “se vale” de los elementos del campo, “escritura-pillaje” que roba o saquea todo aquello que es útil a su existencia, que transforma mediante rápidos movimientos de apropiación y de reorganización la economía signifiante del orden del discurso imperante.

Son, precisamente, estas mismas tácticas de construcción y subsistencia escrituraria las que darán paso, luego, ya en la década de los noventa, a estrategias más definidas de control del espacio de escritura, y que terminarán por configurar un discurso y un lugar de poder nuevo (la propiedad de un lugar propio), capaz de articular un conjunto de lugares físicos y simbólicos donde se representará un régimen dominante de escritura, un orden de discurso historiográfico.